

EL AÑO SOLAR COMO SÍMBOLO DEL AÑO CÓSMICO

Mis queridos amigos,

una buena parte de lo que se quiere comunicar acerca de los secretos de los mundos espirituales, en un primer momento tiene que ser señalado figuradamente o también podríamos decir semi-figuradamente; pero tales figuras e imágenes tienen que entenderse totalmente reales y efectivas. Señalar por lo tanto figuradamente a estos secretos - como me gustaría hacerlo hoy para que podáis meditarlo posteriormente en vuestro ánimo – y debe ser figuradamente porque si se quisiera hablar no por medio de figuras o de imágenes, sino a través de conceptos, haría falta hacer largas disertaciones; sin embargo, hasta cierto punto, puede llegar por sí mismo, al fondo más recóndito de la cosa, quienquiera dejar posar en el ánimo lo que hoy diré y después medite sobre ello.

Todos los años, alrededor de aquellos días, pasamos de un período cronológico a otro. Esto puede parecer, de primeras, un reparto de la sucesión cronológica sugerido sólo por la comodidad, pero no es así, ya que los hombres que establecieron el reparto de los períodos cronológicos, siguieron instintivamente ciertas grandes leyes del curso del tiempo.

Esta fiesta del paso de un año al otro es celebrada por nosotros (naturalmente hablo de nuestras regiones) en el corazón del invierno, en el tiempo en que las plantas han suspendido su florecer, su crecimiento y su fructificar. Solamente ciertos árboles de los bosques portan su verde perenne a través del candor invernal. El sol despliega el mínimo de su fuerza.

Nosotros sabemos que en toda la serie de hechos que se desarrollan delante de nuestros sentidos, se encuentran contenidos además una serie de hechos espirituales, un devenir, un formarse espiritual. Sabemos que cuando vamos por el bosque, no tenemos alrededor de nosotros solo árboles con agujas y hojas, sino que en los misteriosos sustratos de la existencia rige y obra algo que tiene una existencia espiritualmente y psíquicamente ontológica. Estamos de acuerdo en sentir algo que indica lo “verdaderamente real” en todo lo que hombres eminentemente inteligentes y prudentes de nuestro tiempo, miran como una superstición pueril.

Así para nosotros está claro que, en la base de todo lo sensible – ya sean objetos sólidos o acontecimientos que pueden ser observados con los sentidos físicos - hay una dominante actividad y un devenir, un formarse espiritual.

Y ahora, fijémonos en la tierra inanimada, en la tierra inorgánica, en todo lo que sobre la tierra, como reino mineral, es “inanimado.”

Esto “inanimado” es para los materialistas superficiales, lisa y llanamente “inanimado”. Para nosotros, lo inanimado, no sólo está conectado a algo “vivificante”, sino también a algo psíquico y espiritual, de modo que también podemos hablar de lo psíquico y de lo espiritual de toda nuestra tierra llamada inanimada, inorgánica, puramente mineral.

Naturalmente, cuando hablamos de esta conciencia de la tierra, no nos fijamos de primeras en el elemento geológico-mineralógico, lo que se pudiera comparar con los músculos y la sangre del hombre, sino solamente lo que se puede comparar al andamiaje y armadura ósea, es decir la parte sólida de la tierra, de modo que, cuando hablamos de esta “conciencia de la tierra”, debemos pensarla unida a toda la tierra a la que no sólo pertenece el andamio o armadura ósea, sino también el agua, el aire, etc, lo que corresponde a los músculos, la sangre, etc., del hombre. La tierra entera tiene una conciencia, una conciencia que pertenece al reino mineral. No queremos ocuparnos de los cambios de la conciencia de la tierra en una determinada región en el curso del año, sobre todo queremos abrir nuestro ánimo a la representación, a la idea de que la tierra tiene su conciencia.

Y ahora desde la tierra mineral entera, dirigimos la mirada a lo que despunta y brota como mundo y como reino vegetal.

Si miramos este reino a la luz de la ciencia del espíritu, debemos estudiarlo ante todo, como un ser independiente frente a la tierra; y que el conjunto de la vegetación sea un ser independiente frente a la tierra emerge cuando se considera la conciencia de estas dos entidades.

Podemos hablar de la conciencia de la tierra mineral y además podemos hablar de una conciencia del reino vegetal que se desarrolla sobre la tierra. Naturalmente, las leyes de esta conciencia son diferentes de las de la conciencia mineral y cuando hablamos de la conciencia vegetal, sólo podemos referirnos a una determinada región, ya que esta conciencia cambia según las diferentes regiones de la tierra.

Como hombres no nos damos cuenta de que entre nuestra conciencia y la conciencia, por ejemplo, del reino vegetal de toda la tierra hay cierto paralelismo, y no nos damos cuenta porque asumimos la plena conciencia diurna y no la nocturna. Para simplificar nuestras consideraciones decimos solamente que durante la vigilia diurna nuestro Yo y nuestro cuerpo astral se encuentran dentro del cuerpo físico; ya os he hecho saber lo que concierne específicamente a nuestra sangre y a nuestro sistema nervioso y no a los otros sistemas. Efectivamente, cuando nuestro Yo y nuestro cuerpo astral están fuera de nuestra cabeza, están más inmersos en el resto de nuestro organismo.

En perfecto paralelismo con ello está el hecho, por ejemplo, de que, cuando sobre una cara de la tierra es invierno, sobre la otra es verano; en esto se tiene solamente un cambio de conciencia, y es precisamente lo que sucede también en nosotros, sólo que no nos damos cuenta, porque en nosotros hombres las dos conciencias no tienen la misma lucidez; en nosotros ellas son por fuerza diferentes: la conciencia nocturna es conciencia obtusa (para nosotros prácticamente inconsciencia absoluta) mientras que la conciencia diurna es plena conciencia. Nuestra naturaleza inferior vela en la noche, cuando dormimos con nuestra naturaleza superior; lo mismo sucede con la tierra, cuando en una cara es invierno y en la otra es verano: por un lado ha estado en vela, por el otro ha estado durmiendo o viceversa. Cuánto he explicado ahora y tan a menudo explico en otros lugares, se refiere y vale específicamente sólo para el mundo vegetal. Este para nosotros duerme durante el verano, duerme justo cuando brota lozanamente, mientras vela con plena conciencia cuando fuera no presenta físicamente ningún desarrollo, sino más bien su desarrollo está en retroceso.

Así nosotros hablamos de todas las plantas de la tierra como de una totalidad y a esta totalidad del reino vegetal viene a sumarse la conciencia.

De esta segunda conciencia, de la cual está penetrada la conciencia mineral de la tierra, o sea de la conciencia vegetal, podemos decir en sentido real que está, por nuestras regiones, dormida en la calma del verano y despierta en el oscuro tiempo invernal..

Ahora, en cambio, justamente alrededor de estos días, interviene también alguna otra cosa. Ved, las dos conciencias, el conjunto de la conciencia terrenal, que pertenece a la tierra mineral y el conjunto de la conciencia vegetal, a lo largo de todo el curso del año, están separadas, son dos entidades en sí; pero en el tiempo en el que de un año se pasa a otro, los objetos y los procesos minerales de nuestra tierra y el conjunto del reino vegetal tienen una única conciencia, es decir, sus dos conciencias se compenetran, se interpenetran.

Y ahora tratemos de penetrar y de comprender la peculiaridad de la conciencia mineral, de la conciencia del gran Ser terrenal. El hombre, que está restringido a sus sentidos físicos y al intelecto, que él considera como parte de sus sentidos físicos, no puede saber nada de esta vasta conciencia terrenal. Pero la ciencia del espíritu puede enseñarnos que esta conciencia terrenal “piensa”: piensa, como nosotros pensamos los minerales, las plantas, los animales, el aire, los ríos, los montes, etc., como nosotros, con nuestra conciencia de vigilia, pensamos en lo que nos rodea.

Preguntémonos qué es lo que piensa la tierra con su conciencia. La tierra, mis queridos amigos, con su conciencia piensa el espacio interestelar que pertenece inmediatamente y antes que a nada, a la tierra.

Del mismo modo que nosotros con nuestros ojos dirigimos la mirada sobre los árboles, sobre las plantas, etc., así la tierra, con su conciencia mira al exterior, a los espacios celestes y piensa todo lo que se desarrolla en las estrellas.

¡La tierra es un ser que reflexiona sobre los procesos de las estrellas!

En sustancia, pues, en la conciencia mineral se halla contenido en forma de pensamiento el secreto de todo el cosmos. Mientras los hombres caminamos sobre la tierra y reflexionamos solamente sobre las piedras contra las que chocamos o cualquier otra cosa que está

alrededor de nuestros sentidos, la tierra reflexiona el Cosmos exterior. ¡Ella tiene, de veras, pensamientos más vastos, más grandes que los nuestros! Y es maravilloso el dicho: “tú no atraviesas solamente el aire, tú atraviesas los pensamientos de la tierra!”

Y ahora miramos todavía la conciencia vegetal.

Las plantas no pueden pensar tal como la tierra. La conciencia cogitativa de las plantas, no de la planta individual, sino la de todo el reino o mundo vegetal, es mucho más estrecha; ella, durante todo el curso del año, abraza una porción de la atmósfera (del espacio circundante a la tierra), porción mucho más pequeña que aquella en la que se extiende la conciencia mineral; pero así no está en este período.

Ahora la conciencia del reino vegetal se vuelve una con la de la tierra, y por el hecho de que la conciencia vegetal se compenetra con la conciencia de la tierra, el reino vegetal, en el día de S. Silvestre conoce, aprende los secretos de las estrellas, y los acoge en sí y los emplea para hacer que las plantas puedan desarrollarse de nuevo en primavera según los secretos del cosmos, y puedan llevar flores y frutos; en efecto todo el secreto del cosmos está encerrado en el modo en que las plantas llevan hojas, flores y frutos. Las plantas, mientras llevan hojas, flores y frutos, no pueden reflexionar sobre tal hecho: sólo pueden reflexionar sobre ello en estos días en los que la conciencia del reino vegetal se une con la conciencia del reino mineral.

En la ciencia espiritual se dice: en este período de la noche de S. Silvestre se interpenetran dos ciclos y éste es el secreto de todo el existir: “ciclos” que se interpenetran y después se separan y continúan su evolución para más adelante ínterpenetrarse de nuevo.

Pensad, pues, en lo estupendo de este misterio del devenir: conciencia vegetal, conciencia mineral, dos corrientes evolutivas proceden separadas entre ellas durante el curso del año y se reúnen en el tiempo en el que se pasa de un año a otro. De nuevo se separan, proceden separadas y se reúnen en S. Silvestre.

Tal es el ciclo del camino de la historia.

Y ahora, de este proceso que se llena de un profundo, sagrado y respetuoso sentimiento frente al misterioso paso de un ciclo anual a otro, pasamos a un misterio aún mayor.

Sabéis qué hora vivimos en el ciclo de desarrollo del alma consciente, que este ciclo es precedido por el del alma intelectual(racional) , el cual, a su vez, ha sido precedido por el

ciclo del desarrollo del alma sensitiva-afectiva (sensible), después de qué llegamos al desarrollo del cuerpo de la sensación. Con eso nos hemos ido a cinco mil años antes de la era cristiana y vamos tan atrás para llegar al tiempo en el que el pensar humano se desarrolla en la órbita del ciclo del cuerpo de la sensación, del “cuerpo astral.”

Ahora tendremos que pasar por el alma consciente y por el Yo Espiritual, por lo tanto el hombre tendrá aún que desarrollarse ulteriormente.

El alma consciente se desarrolla principalmente, en nuestra época actual, con el uso que el hombre hace de su cuerpo físico como de un instrumento y exclusivamente de él. Por tanto, como lo habéis sentido decir en muchas conferencias ahora tenemos la marea alta del materialismo: porque el hombre sólo se sirve de su cuerpo físico. Más adelante, en cambio, vendrá un tiempo en el que hará uso no sólo de su cuerpo físico, sino que aprenderá a hacer uso de su cuerpo etérico, como en épocas lejanas se sirvió de su cuerpo astral en el ciclo evolutivo en el que este cuerpo astral se proveyó del elemento fundamental de la conciencia.

Podemos decir por tanto: una vez estábamos sobre la tierra en tales condiciones que nuestra alma pasaba por un contacto de su conciencia con la de nuestro cuerpo astral. Como la conciencia vegetal, en Nochevieja, atraviesa la conciencia mineral, así nuestra alma, hace miles y miles de años, pasaba a través de nuestro cuerpo astral, a través de la conciencia que es específicamente la de nuestro cuerpo astral.

En aquellos tiempos nuestra alma y nuestro cuerpo eran todo uno en su conciencia. Cuando intervenía dicha conciencia, y nos remontamos entonces a seis milenios antes de nuestra era, la humanidad celebró sobre la tierra una Nochevieja, una gran Nochevieja!. Así como nosotros tenemos ahora la Nochevieja que nos viene al encuentro como cruce de la conciencia vegetal y la mineral, así seis milenios antes de nuestra era, hubo una Nochevieja de nuestra tierra, una gran Nochevieja Cósmica. Nuestra conciencia anímica atravesó la conciencia astral, se unió con ella.

¿Qué ocurrió entonces?

Entonces, seis mil años antes de nuestro era, cuando nuestra conciencia anímica atravesaba la conciencia astral, nuestra estrecha conciencia de humanidad, como la tenemos ahora, se ampliaba como se amplía la conciencia vegetal en Nochevieja.

Como la planta, por el hecho de que su conciencia se une con la mineral, penetra con su mirada en los ciclos, así el hombre entonces, seis mil años antes de nuestra era, veía y percibía un amplio campo de sabiduría, cuando su alma se unía en la Nochevieja Cósmica con la relativa astral. Y de aquella época deriva la sabiduría que se perdió cuando desapareció la sabiduría gnóstica. El origen de dicha sabiduría lo debemos buscar en la Nochevieja Cósmica de la tierra; alrededor de unos seis mil años antes de nuestra era comenzó aquella sabiduría por la que Zoroastro (Zaratustra) sacó aquella sabiduría cuyas últimas grandes irradiaciones iluminaban todavía a los gnósticos de los que, como ya lo he explicado otras veces, han quedado solamente algunos pocos fragmentos. Ese sabiduría nos hace ascender al invierno terrenal, a una Nochevieja terrenal.

Y ahora, a los años ya transcurridos desde la fundación del Cristianismo añadid alrededor de cuatro mil años y tendréis la época en la que ocurrirá otro cruce parecido al que os he indicado, el de nuestra conciencia anímica con la conciencia astral, sólo que tendrá lugar a un nivel superior.

El hombre penetrará de nuevo en la conciencia cósmica estelar: para ello nos preparamos con nuestra ciencia del espíritu.

¡Preparamos la Nochevieja cósmica! - Y si preparamos las fiestas de Navidad como os lo he señalado en una de nuestras últimas disertaciones, nos prepararemos en el modo justo. Por el hecho de que el nacimiento de la Sabiduría cósmica se vuelva en nosotros sacramental disposición navideña, nos prepararemos para una nueva Nochevieja cósmica que caerá alrededor de doce mil años después de la antigua.

Doce meses de un año discurren sobre la tierra desde una a otra conjunción de la conciencia vegetal con la conciencia mineral. Doce milenios discurren desde una Nochevieja terrenal cósmica a otra, desde un paso del alma humana a través del mundo astral hasta a otro paso de la misma alma humana a través del mundo astral a un nivel superior.

Así, en esta hora de consagración, nuestra mirada va de la pequeña Nochevieja a la gran Nochevieja, de la fiesta de S. Silvestre de fin de año al día de Nochevieja, al que nos preparamos con la intención de divisar, en la estación invernal, la luz que fluye al hombre de modo elemental-natural, al hombre como habitante de la tierra, sólo en cada Nochevieja terrestre-cósmica. Es verdad: nosotros solamente vemos el mundo con la luz apropiada si

interpretamos cuanto nos circunda, no sólo como se nos ofrece a través de nuestros sentidos, como lo comprende el espíritu materialista, sino si consideramos cuanto nos rodea en el mundo sensible exterior como símbolo de los grandes misterios cósmicos.

Entonces, cuando se acerca el día de S. Silvestre puede parecer como si nos viniese un enviado del mundo espiritual y nos desvelase el secreto del año diciéndonos:

Mirad, en la tenebrosa fría estación, en el corazón del invierno, se une la conciencia vegetal con la mineral de la tierra. Eso es una señal, un símbolo del hecho de que también la tierra tiene un año, el gran año cósmico, del que un tiempo habló Zaratustra, hecho que él realmente entendía y que va de un S. Silvestre cósmico a otro S. Silvestre cósmico, de una Nochevieja cósmica a otra Nochevieja cósmica y que se tiene que comprender si se quiere comprender la evolución de la humanidad.

Zaratustra habla de doce milenios, son los doce milenios de los que os he hablado hoy. Él constituyó en cuatro períodos cronológico un año terrenal, como camino evolutivo de la humanidad. Eso tiene su profunda base en los secretos espirituales. Y ahora, queridos míos, hagamos que nuestras almas, nuestros corazones puedan acoger con profunda comprensión, desde nuestra conciencia del espíritu, una disposición de ánimo sacramental. Acojamos y desarrollemos en nuestros corazones el calor, el íntimo calor que puede invadirnos cuando en la helada noche invernal percibamos primero el anuncio del descenso del Espíritu Solar sobre nuestra tierra y después el del secreto del curso anual. Los doce días (del 25 de diciembre al 6 de enero) son los días en los que la conciencia vegetal se reúne con la conciencia mineral y, si el hombre puede trasladarse a la conciencia vegetal, puede soñar y puede divisar muchas especies de secretos que de múltiples modos atraviesan su corazón.

Cuando asumimos tal disposición de ánimo, experimentamos la adecuada emoción, el apropiado sentimiento por lo que queremos conseguir con los esfuerzos de nuestra conciencia espiritual; por medio de aquel calor del corazón queremos preparar el nuevo año cósmico, esperar dignamente el nuevo S. Silvestre cósmico que debe portar un nuevo año cósmico. Así, cuando en las futuras encarnaciones, en condiciones completamente diferentes de nuestra tierra, nuestras almas asistan al gran S. Silvestre cósmico, ellas serán capaces de tomar parte en él si el pequeño S. Silvestre, el día que se celebra no después de

doce mil años, sino después de doce meses, se ha convertido para ellos en el símbolo del gran S. Silvestre.

Y esto, mis queridos amigos, es el secreto de nuestra existencia. En grande, todo es como en pequeño y en pequeño todo es como en grande; comprenderemos lo pequeño, el año, solamente si él es para nosotros como un símbolo de los grandes acontecimientos cósmicos, para los milenios. El año es la imagen de los Eones y los Eones son el significado escondido de aquellos símbolos que se presentan bajo el aspecto, la forma del curso del año. Si comprendemos esto en el sentido adecuado, entonces en la augusta Noche en la que comienza el nuevo curso del año, somos penetrados por el pensamiento de los grandes secretos cósmicos.

Tratemos de dar a nuestra alma tal disposición, tal intención, de modo que ella penetre con la mirada en el nuevo año con la conciencia de poder llevar en sí el curso del año como un símbolo del gran curso cósmico. Este último encierra todos los secretos que los Seres divinos superiores - a cuyo dominio y a cuya obra está conectado el mundo - persiguen con nuestras almas de Eón en Eón, como los Dioses menores persiguen el misterioso formarse del vegetal y del mineral en los cursos anuales individuales.

RUDOLF STEINER

**EL AÑO SOLAR
COMO SÍMBOLO
DEL AÑO
CÓSMICO**

**LAS BASES ESPIRITUALES
PARA COMPRENDER LOS ACONTECIMIENTOS
DE LAS 13 NOCHES SANTAS**

Dornach, 31 de diciembre de 1915

Traducido del italiano al español por Juan M^a Pagalday